

—Pues con más motivo le maldigo yo, y maldito sea por toda la eternidad, amén. ¡Que no esté yo solo en el infierno!

Tan aturdido y ebrio salía, que ni reparó en la presencia de una persona arrimada á la puerta. Corriendo se volvió á la habitación del comandante, entró en ella... Bien quisiera continuar sus investigaciones el sultán; pero ni el rumor más mínimo llegó á sus oídos: si se hablaba allí, debía de ser en voz muy queda, lo mismo que cuando se confiesan las gentes.

## XXX

BUENO venía *El Motin* aquella mañana; bueno, bueno! ¡La caricatura, de las más chis-tosas; como que representaba á *Don Antonio* con una lira, coronado de rosas y rodeado de angelitos; y luego, en la sección de sueltos picantes, cada hazaña de los *parroquidermos* y *clericerontes*! Aquello sí que era ponerles las peras á cuarto. ¡Habrás visto sinvergüenzas! ¡Pues apenas andarian ellos desbocados si no hubiese un *Motin* encargado de velar por la moral pública y delatar inexorablemente todas las picardigüelas de la gente negra! ¡Si con *Motin* y todo!...

Juncal se regodeaba, partiéndose de risa ó pegando en la mesa puñetazos de indignación,

según lo requería el caso; pero tan divertido y absorto en la lectura, que no hizo caso del pernillo acostado á sus piés cuando ladró anunciando que venía alguien. En efecto: entró Catuxa, frescachona y vertiendo satisfacción al preguntar á su marido:

—¿Que no ciertas quien tay viene?

El alborozo de su mujer era inequívoco; el médico de Cebre cayó en la cuenta al punto, y saltó en la silla dando á *El Motin* un paripotazo solemne y exclamando:

—¿Don Gabriel Pardo?

—¡El mismo!

—¡Mujer... y no le haces subir! Anda, despábilate ya... No, voy yo también... ¡Qué mómaral! ¡Menéate!

—¡Si todavía no llegó á casa, polvorín! Vilo desde el patio; viene de á caballo. ¡Y corre como un loco! ¡Parece que viene á apagar un fuego!

Máximo, sin querer oír más, bajó á paso de carga la escalera, salió al patio, y como la llave del portón acostumbraba hacerse de pencas para girar, la emprendió á puñadas con la cerradura; á bien que la médica le sacó del paso, que si no, de puro querer abrir pronto, no abre ni en un siglo. Y cuando la cabalgadura, cubierta de sudor, se detuvo y fué á apearse el comandante, Juncal no se dió por contento sino recibéndole en sus brazos. Hubo exclamaciones afectuosas, palmadicas en los hombros, carcajadas de gozo de Catuxa; y antes de preguntarse por la salud, ni de entrar bajo techado,

ya se le habían ofrecido al huésped toda clase de manjares y bebidas, insistiendo en saber *qué tomaría*, hasta no dejarle respirar. La respuesta de Pardo le llenó á la amable médica las medidas del deseo.

—De buena gana tomaré chocolate, Catalina, si no le sirve de molestia... Ahora recuerdo que he salido de los Pazos en ayunas.

Solos ya, sentáronse en el banco de piedra, y Gabriel dijo al médico que le miraba embelesado de gratitud y regocijo:

—No me agradezca V. la visita; vengo á reclamar sus servicios profesionales.

—¿Se le ha puesto peor el brazo? ¡Ya decía yo! Con estas idas y venidas... No, y está V. algo... desmejorado, vamos; el semblante... y eso que viene sofocado... Mucha prisa traje, ¡caramba!

—¡Bastante me acuerdo yo de mi brazo! Si V. no lo mienta ahora... ¡Hay en los Pazos gente enferma!...

—¿En los Pazos? ¡Eso es lo peor! Pero ya sabe que yo, desde las elecciones...

—Déjeme V. de elecciones... V. se viene conmigo.

—Con V., al fin del mundo; sólo que si luego creen que me meto donde no me llaman...

—Pierda V. cuidado.

—¿Y quién está malo? ¿Es el marqués?

—Y su hija.

—¿Los dos?

Gabriel dijo que sí con la cabeza, y se quedó unos instantes pensativo, acariciándose la bar-

ba. Realmente estaba pálido, ojeroso, abatido; pero le quedaba el aire de viril resolución que tan simpático le hacía.

—Oiga V., Juncal... ¿Puedo contar con V.? ¿Haría V. por mí algo que le pidiese? ¡No es cosa muy difícil!

—¡Don Gabriel! Me está V. faltando... ¡Voto al chápuro!... ¡Por V.!... ¿Quiere... que organice un comité conservador en Cebre?

—¡En política estaba yo pensando!... Lo primero es... no decirle nada á Catalina. Que sepa que va V. á los Pazos, bien; que va V. por la enfermedad de mi cuñado, corriente... Pero de lo de mi sobrina, ni esto. ¿Conformes?

—Hasta la pared de enfrente.

—Además... que nos marchemos cuanto antes.

—¿Y el chocolate?

—Pretexto para quitarnos de encima á la pobre Catalina. No haga V. caso. Diga que es urgente echar á andar, y que en vez de chocolate, me contento con... cualquier cosa bebida... ¿Leche, supongamos?

—Bueno... pero en mientras que arrear la yegua, también está el chocolate listo.

—¡Se lo suplico... arréela V. al vuelo!

No bien acabó de manifestar este deseo, estaba el médico en la cuadra, dando al rapazuelo que curaba de su hacanea las necesarias órdenes. A los tres minutos volvía junto á Gabriel.

—Perdone, ya me doy prisa... pero es que no me ha dicho qué casta de mal es la que anda por los Pazos, y no sé qué he de llevar de medicamentos, instrumentos...

—Manuela sufre, desde ayer por la tarde, fuertes accesos nerviosos... Pero muy fuertes... Convulsiones, lloreras... soponcios... Desvaría un poco... yo creo que hay delirio.

—¡Bien! Mal conocido, herencia materna... Bromuro de potasio. Por suerte lo tengo recién preparadito. ¿Y el... *marqués*?

—Ese no me parece que tenga cosa de cuidado... Ahogos, la sangre arrebatada á la cabeza...

—¡Bah, bah! Coser y cantar... Me llevo la lanceta, y le doy cuerda para un año... Le han acostumbrado desde muchacho á la sangría, y aunque yo las proscribo severamente, uniendo mi humilde opinión á la de los más ilustrados facultativos de Francia y Alemania... en este caso particular, me declaro empírico. El hábito es...

—¡Por Dios!... Despachemos —exclamó Gabriel, que también parecía necesitar bromuro, según la agitación, no por reprimida menos honda, que se observaba en su rostro y movimientos. Conviene decir, en abono de la excelente voluntad de Juncal, que para ninguna de sus correrías médicas se preparó más brevemente que para aquella. Ni tampoco, desde que el mundo es mundo, se ha sorbido más aprisa ni de peores ganas una taza de chocolate que la presentada por Catuxa á Pardo... y cuidado que venía para abrir el apetito á un difunto, por lo espumosa y aromática.

—¡Tan siquiera un bizcochito, señor! —suplicaba Catuxa. —Mire que están fresquitos de ahora, que cantan en los dientes... ¿Y el espon-

jado? ¡Ay, que el agua sola mata á un cristiano! ¿Señor... y las tostadas?

—Cállate la boca ya —gritó Juncal severamente;— cuando hay apuro, hay apuro... El marqués de Ulloa se encuentra mal... y vamos allá á escape.

Cosa de un kilómetro se habrían desviado de Cebre, cuando Don Gabriel, ladeándose en la silla, preguntó á Juncal:

—¿Dice V. que es herencia materna lo de mi sobrina?

—Sí, señor, ¡en mi desautorizada opinión ajenos! La pobre doña Marcelina, *que en gloria esté*—masculló con gran compunción el impío clerófobo—era nerviosísima y algo débil, y aunque la señorita Manuela salió más robusta y se crió de otra manera muy distinta, en su edad es la cosa más fácil... Habrá tenido cualquier rabieta... Pero no pase susto, que ese no es mal de cuidado.

Enmudeció el artillero, y por algunos minutos no se oyó más que el trote de las dos yeguas sobre la carretera polvorosa. Gabriel callaba reflexionando, con la quijada metida en el pecho; de aquellas reflexiones salió volverse á Juncal y decirle en tono suplicante y persuasivo:

—Amigo Máximo, en esta ocasión espero de V. mucho... Espero que me pruebe que efectivamente he encontrado aquí lo que tan rara vez se tropieza uno por el mundo adelante: un amigo verdadero, de corazón.

—¡Señor de Pardo! —exclamó el médico, á

quien semejantes palabras cogían por su lado flaco.—¡Bien puede V. estar satisfecho— aunque la cosa no lo merece—de que ni á mi padre le tuve más respeto, ni á mis hermanos les quise más que á V.! Desde que le vi me entró una simpatía de repente... vamos, una cosa particular, que los diablos lleven si la sé explicar yo mismo. A mi señora se lo tengo dicho: mira, chica, si te da la ocurrencia de ponerte un día muy mala y quieres médico, que no sea el mismo día que me necesite Don Gabriel... Y luego, ¿qué pensaba? Pero si no me pide otra cosa de más importancia que darle bromuro á la sobrina... para eso, maldito si...

—Las circunstancias—dijo Gabriel titubeando aún—son tales, que yo necesito creer á pié juntillas lo que V. me asegura para no perder el tino y desorientarle completamente. Voy á hablarle á V. con franqueza, como hablaría yo también á mi hermano...

—¿Pongo la yegua al paso? La de V. no lo sentirá—preguntó Juncal, que oía con toda su alma.

—Sí... conviene salir cuanto antes del atolladero, y que nos entendamos los dos.

—Hable con descanso, que así me arrodillase para fusilarme, de mi boca no saldría una palabra.

—Eso quiero: cautela y secreto absoluto por parte de V. Mi infeliz sobrina está desde ayer tarde en un estado de exaltación alarmanísimo. Yo creo que su razón se oscurece algunas veces. Y entonces grita, llora, habla, desbarra,

dice enormidades que... que nadie debe oír, ¿lo entiende V.?, ¡sino personas que antes se dejen arrancar la lengua que repetir las!

Juncal sacudió la cabeza gravemente, murmurando:

—¡Entendido!

—Los accesos—prosiguió el artillero—le dan con bastante intervalo, y del uno al otro se queda como postrada y sin fuerzas. Ayer ha tenido dos, uno á las cinco de la tarde y otro á las diez de la noche; dormitó unas horas, y á las tres de la madrugada el acceso más fuerte, acompañado de una copiosa hemorragia por las narices; á las siete se repitió la función, sin hemorragia; y así que la dejé algo tranquila, suponiendo que tendríamos al menos tres ó cuatro horas de plazo, me vine reventando la yegua... y así que acabe la explicación la volveré á reventar, para llegar antes de que el acceso se produzca. ¿Qué opina V.? ¿Le dará antes de mi vuelta?

—Señor Don Gabriel, esperanza en Dios... Es probable que no le dé. Según lo que V. me va contando, la neurosis de la señorita tiene carácter epiléptico, y hay un poco de tendencia al desvario... Bien, ya puede hablar, que es como si se lo dijese á un agujero abierto en la pared. Y... ¿V. no sospecha algo de las causas de este mal tan repentino?

Enderezóse Gabriel en la silla, como afanzándose en una resolución inevitable.

—Sin que yo se lo dijese, en cuanto llegue V. á los Pazos se enterará de que allí han ocurrido ayer y anteayer sucesos gravísimos... Basta

para imponerle á V. el primero que encuentre, el mozo de cuadra que recoja la yegua. Anteayer, de noche, mi cuñado sostuvo un altercado terrible con... ese muchacho que pasaba por hijo de los mayordomos...

—Bien, bien... Ya estamos al cabo—indicó Juncal guiñando el ojo...—Pero, ¡qué milagro enfadarse con él! ¡Si le quería por los quererese!

—Mucho le quiere, en efecto; ¿de qué está malo hoy sino del berrinche? Pues... á consecuencia de la escena espantosa que se armó entre los dos, el muchacho, que es testarudo y resuelto, arregló ayer mañana su maletilla de estudiante, y ni visto ni oído... A pié se largó... y hasta la fecha no se ha vuelto á saber de él.

Al ir narrando, fijábase Don Gabriel en la expresión del rostro de Juncal. Aunque éste procuraba no dejar salir á él más pensamientos que los que no mortificasen ni alarmasen al artillero, no podía ocultar la luz que iba penetrando en su cerebro y que no tardaría en ser completa. La prueba es que exclamó involuntariamente:

—¡Ah... ya!...

—Sí—añadió Pardo con resignación:—desde que Manuela supo la marcha de su... amigo...

—¿Y quién se la contó? ¿A que se lo encajaron de golpe y porrazo... con todas las exageraciones?

—¡Lo mismito que V. lo piensa! La mayordoma...

—Que es una vaca...

—Se fué á abrazar con ella, llorando á gritos...

—A berridos, que es como lloran semejantes bestias...

—Y le dijo que Perucho no volvía más; que se había marchado decidido á embarcarse para América, y que iba tan desesperado, que era fácil que le diese por tomar arsénico...

—*Séneca*, que le llaman así.

—En fin, le dijo... ¿Hace falta más explicación?

—¡Qué lástima de albarda, Dios me lo perdone, para esa pollina vieja! Bueno, señor de Pardo; no añada más, no se moleste, sosiéguese; ya estamos enterados de lo que conviene ahora. Tranquilizarle á la niña el pensamiento... ¡todo lo posible!...

—Y en especial...

—¡Basta, basta! En especial, silencio... y que los curiosos se queden á la puerta... La curiosidad, para la ropa blanca. Fíese en mí. ¿Al trote?

—Al galope, que es cuesta arriba.

Arrancaron las dos yeguas, alzando una polvareda infernal.

## XXXI

EL sol había salido, y también el cura de Ulloa á celebrar el santo sacrificio de la misa. Gorros, medio en cuclillas ante la piedra del hogar,

con las manos fuertemente hincadas en las caderas, el cuerpo inclinado hacia adelante, los carrillos inflados y la boca haciendo embudo, soplabla el fuego, al cual tenía aplicado un fósforo. Y á decir verdad, no se necesitaba tanto aparato para que ardiesen cuatro ramas bien secas.

Ladró el mastín en el patio, pero con ese tono falsamente irritado que indica que el vigilante conoce muy bien á la persona que llega, y ladra por llenar una fórmula. En efecto: cansado estaba el *Fiel* de contar en el número de sus conocidos al madrugador visitante. Como que, siendo aquél todavía cachorro, éste se había encargado de la cruenta operación de cercenarle la punta del rabo y la extremidad de las orejas.

Venía el atador de Boán con el estómago ayuno de bebida, pues acababa de dejar la camada de paja fresca con que aquella noche le había obsequiado el pedáneo; y si esta narración ha de ser del todo verídica y puntual, conviene advertir que llevaba el propósito de matar el gusanillo en la cocina del cura. Lo cual prueba que el señor Antón no estaba muy al tanto de las costumbres severas y espartanas del incomparable Goros, incapaz de tener, como otros muchos de su clase, el frasquete del aguardiente de caña oculto en algún rincón. Es más: ni siquiera por cortesía ofreció un tente-en-pié, un *taco* de pan y algo de comida de la vispera, y se contentó con responder secamente:—Felices nos los dé Dios—al saludo del algebrista. La

razón de esta sequedad era una razón profunda, seria y digna del temple de alma de Goros. Allá en su conciencia de creyente á macha martillo y de persona bien informada en lo que respecta al dogma, Goros tenía al señor Antón por un endemoniado hereje, acusándole de que, merced al trato con las bestias, no diferenciaba á un cristiano de un animal, ni siquiera de una hortaliza, y que para él era *lo mismo una ristra de ajos*, con perdón, que el alma de una persona humana. En las discusiones del ateneo de los Pazos, Goros tenía siempre pedida la palabra en contra, y así que el algebrista se descolgaba con una de sus atrocidades, allí estaba el criado del cura hecho martillo de herejes, confutando las proposiciones panteísticas que el alcohol y el atavismo ponían en los sumidos labios del componedor de Boán.

—¿Vienes á ver los animales?—preguntóle aquella mañana desapaciblemente.—Están bien lucidos. San Antón por delante. No tienen falta de médico.

—Vengo á me sentar... que el cuerpo del hombre no es de madera, y á las veces cánsase también.

—Bueno, ahí está el banco.

—¡Quién como tú!—suspiró el algebrista quitándose el sombrero de copa alta y poniéndolo entre las rodillas.—¡Hecho un canónigo, carraspo! Así te engordan los cachetes, que pareces fuera el alma el marrano del pedáneo cuando lo van á matar.

—Sí, sí, vente con endrómenas... Si hablastes

de otros criados de otros curas diferentes, de todos los más que hay por el mundo adelante, que revientan de gordos y de ricos... á cuenta de los malpocados de los feligreses... Pero este mi señor, que antes de la hora de la muerte ya ha entrado de patas en la gloria, nunca tiene sino necesidades y pobreza, y si el criado fuese como los vagos y lambones que andan de casa en casa á la chupandina del jarro y del pisquis de caña... ¡ya le quiero yo un recadito!

—¡Mal hablado! Aun si quiera una gota te pedí.

—Buena falta hace que me la pidas. Conozco yo las entenciones de la gente...

Echóse á reír el algebrista, pues no era él hombre que se formalizase por tan poco. De oírse llamar borrachón y pellejo estaba harto, y esas menudencias no lastimaban su dignidad. Al contrario, dábanle pretexto para explayarse en sus favoritas y perniciosas filosofías.

—Bueno, carraspo, bueno; el hombre tampoco es de palo, y ha de tener sus aficiones... quiérese decir, sus perfirencias. Y si no, ¿para qué venimos á este mundo recondenado? A la presente estamos aquí platicando los dos; pues cata que sale una mosca verde del estiércol y te pica... el *caruncho* sea contigo, y acabóse; ya puede el señor cura plantarse aquellos riquísimos negros con la cinta dorada. Que pasa un can con la lengua de fuera, un suponer, y te da una dentada... pues como no te acudan con el hierro ardiente, ó no te pongan la cabeza de un conejo en vez de la tuya, que dice que es ahora la última moda de Francia para la rabia...

—Vaya á contar mentiras al infierno—exclamó Goros furioso, destrozando en menudos fragmentos una onza de chocolate, pues el agua hervía ya en la chocolatera. ¡No sé cómo Dios no manda un rayo que te parta, cuando dices esos pecados de confundirnos con las bestias, Jesús mil veces!

—¡Si ya anda en los papeles! A fe de Antón, carraspo, que no te miento.

—Los papeles son la perdición de hoy en día. Los que escriben los papeles, más malvados aún que las amas de los clérigos.

—Asosígate, hombre, que tú no has de arreglar el mundo, ni yo tampoco. Lo que se quiere decir, es que para cuatro días que tenemos de vida, no debe un hombre privarse de lo que le gusta, en no haciendo daño á sus desemejantes.

—Como los cerdos, con perdón, ¿eh?—vociferó Goros en el colmo de la indignación, mientras buscaba por la espetera el molinillo.—¿Como los marranos? ¿Comer, dormir, castizar, y luego á podrirse en tierra? Calla, calla, que hasta parece que se me revuelve el estómago.

Lo que se revolvió era el chocolate, bajo el vertiginoso girar del molinillo en la chocolatera. El cura de Ulloa padecía debilidad, y necesitaba que en el mismo momento de llegar de la iglesia le metiesen en la boca su chocolate, fuese en el estado que fuese; por lo cual Goros acostumbraba tenerlo listo con anticipación, y el señor cura tomarlo detestable.

—Yo no sé qué diferentes son de los marranos los hombres, carraspo—blasfemó el alge-

brista. —Tras de lo mismo andan; el comer, el beber, las mozas... Al fin, de una masa somos todos...

—¡No sé cómo Dios aguanta á este empío en el mundo!

—¿Y yo qué mal le hago á Dios, por si es caso? ¡De quien se ríe Dios es de los bobos que se están aunando y con flatos y pasando mala vida! ¿Para quién hizo Dios, — vamos á ver, responde, cristiano, — para quién hizo Dios las cosas buenas, el vino, y más la comida, y más las muchachas de salero? ¿Las hizo Dios, si ó no? Pues si las hizo, no será para que nadie las escupa. Y si alguien las escupe, se ríe Dios de él, ¡carraspo y carraspiche!

—Si te oye mi señor, te echa con cajas destempladas de la cocina.

—¿No va en los Pazos el señor abad? —preguntó el algebrista, mudando de tono, y como quien pregunta algo serio.

—¿En los Pazos? No, va en misa.

—Pues dice que lo van á llamar de los Pazos.

—¡Milagro! ¿Para qué será?

—Para echarle los desconjuros y los asperjes á la señorita Manola, que tiene el *ramo cativo*, y para darle la esterminación á Don Pedro, que está en los últimos.

—¿Quién te dijo todo eso?

—El estanquero de Naya. Allá estive de noche.

—Pues es una mentirería descarada. Ayer noche fuí á los Pazos á ver qué sucedía. También me lo encargó el señor abad. Y ni la señorita Manola está endemoniada, ni el marqués tan malo.

—El haber hay en la casa un rebumbio de dos mil júcaras. ¿Hay ó no?

—Rebumbio lo hay, eso es como el Evangelio; pero eusageran, que no es tanto.

—¿Y será mentira también el cuento de lo que pasó con el de Perucho, el hijo de la Sabel? Por Naya anda el cuento más corrido, ¡que no sé!

—Largó de casa, y no se sabe á derechas el motivo. Ese es el caso.

La fisonomía del algebrista, truhanesca y socarrona como ella sola, se contrajo y arrugó con el más malicioso gesto posible.

—El motivo... Endrómenas, carraspo... Unos dicen de una manera, otros de la otra, y tú vete á saber la verdá...

—La verdá sólo Dios—sentenció Goros...

—O el diaño, que inda es más listo. Pues señor, que dicen unos que la señorita tuvo un disgusto grandísimo con el padre, á que había de echar de casa al Perucho, y que hasta que lo echó no paró. Otros que ese señor que está ahí... ¡ese de los cuatro ojos!

—Ya sé. El hermano de la difunta señora.

—Que fué quien porfió por echar á Perucho, porque quiere casarse con la señorita... y así que supo que Don Pedro le dejaba cuartos por testamento, amenazó á Perucho de matarlo, y por poco lo mata... hasta que se tuvo que largar con viento fresco. Que otros... (aquí el guiño se hizo más malicioso) que si andaban, si no andaban, si el Perucho y la Manola y el otro y todos... ¡El diablo y más su madre! El cuento es que juraban que el señor no salía de ésta... que



estaba gunizando... y que tenían llamado al médico de Cebre, aquél con quien riñeran por mor de las eleuciones...

Goros sacó en esto la chocolatera del fuego, porque ya había dado los dos hervores de rúbrica; y meneando la cabeza con aire filosófico, pronunció:

—Ni por ser rico... ni por ser señor... ni por poca edá... ni por sabiduría... Cuando llega la de pagar la gabela de las enfermedades y de las desgracias y de la muerte negra...

El algebrista callaba, como el que no tiene ganas de armar disputa otra vez, y picaba con la uña, de una gruesa tagarnina, cantidad bastante para liar un papelito. Así que lo hubo liado, se encasquetó la monumental chistera, y acercándose al fogón, murmuró con tonillo insinuante:

—¿Conque no das ni una pinga?

—No gasto—respondió el criado del cura áspera y lacónicamente.

—Da entonces lumbre para el cigarro, que no te arruinará, cutre, sarnoso.

Goros le alargó un tizón, y el componedor, con un cigarrillo en el canto de la boca, salió rezongando un

—¡Conservarse!

Creyóse el perro en el compromiso de soltar un ladrido de alarma al ver salir al señor Antón; mas de allí á dos minutos, rompió á ladrar con verdadero frenesí, con ese bronco ladrido, casi trágico, que es aviso y reto á la vez. Goros se lanzó fuera y se halló, á la puerta del patio, con el señor de los *cuatro ojos*.

## XXXII

EL señor cura? ¿Está en casa?

—¡Ay, señor! Va en la misa... ya hace un bocadito que salió.

—¿Tardará mucho?

—¿Quién es capaz de saberlo? La misa se despabila pronto; solamente que después, si le da la gana de ir á rezar al camposanto... lo mismo puede tardar media hora que una. Si quiere, voy á buscarlo en un instante.

—Nada de eso... Déjele V. que rece. No tengo prisa; esperaré.

—¡Quieto, can! ¡Quieto, arrenegado! Pase, entre, haga el favor de subir.

Pasábase por la cocina para llegar á la sala del curá, sala que hacía oficio de comedor, y se reducía á cuatro paredes enyesadas, una mesa vieja con tapete de hule, una Virgen del Carmen de bulto, encerrada en su urna de cristal y caoba, y puesta sobre una cómoda asaz ventruca y apolillada, y media docena de sillas de Victoria. Goros se deshacía buscando y ofreciendo la menos desvencijada y vieja.

—Gracias, estoy muy bien—afirmó el artillero después de tomar asiento;—no deje V. sus quehaceres, amigo; váyase á trabajar.

La verdad es que deseaba estar solo, como

todos los que lidian con preocupaciones muy serias. Pesado silencio llenaba la salita, y lo interrumpía sólo el zumbido de un moscardón, que se aporreaba la cabeza contra los vidrios de la ventana. Gabriel Pardo acercó su silla á la mesa, y apoyando en ésta los codos, dejó caer sobre las palmas de las manos la frente, experimentando algún consuelo al oprimirse los párpados y las sienas doloridas. Ni él mismo sabía por qué, después de dos ó tres días de febril actividad, de lucha encarnizada con una situación espantosa, le entraba ahora tan inmenso desaliento, tales ganas de echarlo todo á rodar, meterse en un coche y volverse á Santiago, á Madrid...

Tres noches llevaba sin dormir y tres días sin comer casi, y tal vez por culpa de la vigilia y la abstinencia le parecía en aquel instante que su cerebro estaba reblandecido, y que sus ideas eran como esos círculos que hace en el agua la piedra arrojada; no tenían consistencia alguna. A fuerza de encontrarse frente á frente, de lidiar cuerpo á cuerpo con uno de los problemas más tremendos que pueden acongojar á la razón humana, ya había perdido la brújula, y el desbarajuste de su criterio le amedrentaba.—Vamos á ver (y era la centésima vez que repetía aquel soliloquio mental). Aquí se han tronzado moralmente dos existencias; se les ha estropeado la vida á dos seres en la flor de la edad. Los dos se causan horror á sí mismos; los dos se creen reos de un crimen, de un pecado espantoso... y los dos, bien lo veo, seguirán querién-

dose largo tiempo aún. ¿Son delincuentes en rigor? Por de pronto, que no lo sabían; pero supongamos que lo supiesen, y así y todo... No; dentro de la ley natural, eso no es crimen, ni lo ha sido nunca. Si en los tiempos primitivos de una sola pareja se formó la raza humana, ¿cómo diantres se pobló el mundo sino con *eso*? ¡Ea, se acabó; está visto que yo no tengo lo que llaman por ahí sentido moral! ¡A fuerza de lecturas, de estudiar y de ejercitar la razón, me he acostumbrado á ver el pro y el contra de todas las cosas!... ¡Me he lucido! Lo que la humanidad encuentra claro como el agua, lo que un niño puede resolver con las nociones aprendidas en la escuela, á mí me parece hondísimo é insoluble... Sólo en el primer momento, guiado por mi instinto, procedo con lógica; así cuando quería matar á Perucho; entonces era yo un hombre resuelto, no un divagador miserable; pero, ¿cuánto me dura á mí esa fuerza, esa convicción? Diez minutos; el tiempo que tardó en echarme á filosofar sobre el asunto y empezar con porqués, con atenuaciones, indulgencias y tolerancias... ¡El cáncer que me roe á mí es la indulgencia, la indulgencia! ¿Me casaría yo, aunque fuese lícito, con una de mis hermanas? No, y estoy disculpando el incesto. Como aquella vez que encontré mil excusas á la cobardía del famoso Zaldívar, el que se guardó varios bofetones y no quiso batirse... ¡y luego tuve que echármelas yo de matón para que no se figurasen que defendía causa propia! Aún me río... ¡Cómo me puse cuando el otro botarate

de Morón me dijo con mucha soflama que era cómodo tener ciertas teorías á mano!... Aún se deben acordar en el café de la que allí se armó... ¡Ay, y qué cansado estoy de estas dislocaciones de la razón, de este afán de comprenderlo y explicarlo todo! La calamidad de nuestro siglo quisiera tener el cerebro virgen, ¡qué hermosa! ¡Pensar y sentir como yo mismo; con energía, con espontaneidad, equivocándome ó disparatando, pero por mi cuenta! Ese montañés me ha inspirado simpatía, cariño, envidia, admiración. El se cree el hombre más infeliz de la tierra, y yo me trocaría por él ahora mismo... ¡Con qué sinceridad y entereza siente, piensa y quiere! Vamos, que ya daría yo algo por poder decir con aquella voz, aquel tono y aquella energía: — ¡Soy algún perro para no creer en Dios?

Gabriel se oprimió más las sienes. El moscardón seguía zumbando y golpeándose, incansable en su empeño de romper un vidrio con la cabeza para salir al aire y á la libertad que desde fuera le estaban convidando. Levantóse Pardo, deseoso de librarse, con la acción, de la tortura de aquellas cavilaciones estériles y mareantes. Púsose á pasear de arriba abajo por la sala, escuchando el crujido de sus botas nuevas, unas botas de becerro blanco encargadas para la expedición al valle de Ulloa. Se paró ante la urna de la Virgen del Carmen, y la miró atentamente, reparando en su corona, en la inocente travesura de los ojos del niño, en la forma del escapulario... ¡De veras que ya iba tardando el

cura! Sentía Gabriel esa necesidad de movimiento que entretiene la impaciencia. Salió á la cocina, donde Goros mondaba patatas; y abriendo la petaca, le ofreció cordialmente un cigarro. El criado del cura se puso de pié, sonrió complacientemente y se rascó el cogote detrás de la oreja, ademán favorito del gallego cuando delibera para entre sí. Gabriel adivinó.

— ¡No fuma V.?

— No, señor; no gasto, hase de decir la verdad. Dios se lo pague y la Virgen Santísima, y de hoy en un año me dé otro.

— ¡Pues si no le he dado á V. ninguno!

— La entención es lo que se estima, señor. No se le va el tiempo; con su permiso, cumple avisar al señor abad.

— No, hombre; si ya no es posible que tarde mucho. Tiene el abad una casita muy mona... ¿Produce mucho el huerto?

— No, señor, apenas nada... ¿Quiere molestar-se en ver cuatro coles?

— Si V. no tiene ocupación precisa...

— Jesús, señor... Venga por aquí. (Goros tomó la delantera.) Esto es una poquita cosa que yo la trabajo cuando tengo vagar... (Encogíendose de hombros con aire resignado.) Porque el señor abad... ¡mi alma como la suya! no mete un triste jornalero, y yo á veces me levanto antes de ser día, y con un farol en la mano voy cuidando... Y todo me lo come el verme...

Obligaba la cortesía á Gabriel á fijarse en un repollo comido de orugas, un tomate que rojeaba, un pavio chiquito, enfermo de un flujo de

goma, y un peral muy cargado ya. Luego entraron en la corraliza donde se ofrecía á los ojos un cuadro de familia interesante. Era una marrana soberbia en medio de su ventregada de guarros, los más rosados y lucios que pueden verse. La madre vino á frotarse cariñosamente contra Goros; pero al ver á Gabriel gruñó con recelo y echó al trote, seguida de sus crios, hacia la pocilga. Goros la llamó con cariñosos apelativos, diminutivos y onomatopeyas, para sosegarla.

—Quina, quiniña... cuch, cuch, cuch...

—¡Qué grande es y qué hermosa!—observó Gabriel para lisonjear la vanidad de Goros.

—Es muy hermosísima, sí, señor; y eso que está chupada de criar. Cuando se bebe tendrá, con perdón, unas carnes y unos tocinos... como los del arcipreste de Boan. ¿Le conoce, señorito?—exclamó el criado, que ya estaba rabiando por vaciar el saco de las chanzas irreverentes.

—Algo—respondió Gabriel sonriendo.

—¿Y no le parece, dispensando usted, que se la podíamos enviar de ama?—añadió Goros señalando á la puerca. Como Gabriel no celebró mucho el chiste, Goros mudó de estilo.

—¿Ve los que tiene?—dijo enseñando los cochinitillos.—Pues á todos los ha criado... Es el segundo año que cría... Aquel ya es hijo suyo—añadió mostrando en un rincón de la corraliza un cerdazo corpulento, pero con un aire hosco y feroz que recordaba al jabali montés.—Mata-mos el cerdo viejo por Todos los Santos... y quedó ese para padre.

Mientras Gabriel consideraba á aquel Edipo de la raza porcuna, un gracioso animal vino á enredarsele entre los piés: era una paloma calzada, moñuda, de cuello tornasolado donde reverberaban los más lindos colores; giraba arrullando, y su ronquera era honda, triste y voluptuosa á la vez. Gabriel se inclinó hacia ella, y el ave, sin asustarse mucho, se limitó á desviarse unos cuantos pasos de sus patitas rosadas.

—¿Hay palomar?—preguntó Pardo.

—No señor... (El criado estregó el pulgar contra el índice, como indicando que no sobraba dinero para meterse en aventuras.) Pero el señor abad... como Dios lo dió tan blando de corazón... y como las palomas le gustan..., mantiene á las de todos los palomares de por ahí, y siempre tenemos la casa llena de estas bribonas... Siquiera sacamos un par de pichones para asarlos; aquí no vienen sino á llenar el papo y marcharse... ¡Largo, galopinas!—añadió dirigiéndose á varias que desde el tejado descendían á la corraliza volando corto.—¡Ay, señor!—añadió el criado tristemente:—Es mucho gusto servir á un santo... ¡pero también... los trabajos que se pasan para ir viviendo, acaban con uno! Aquí no se cobran derechos... aquí los feligreses se rien del señor, y no traen ni huevos, ni gallinas, ni fruta, ni nada... Aquí la fiesta del Patrón, como si no la hubiera... Aquí se guarda el tocino y la carne para los enfermos de la parroquia, y nosotros pasamos con berzas y untol. Latió el perro de alegría; abrióse la puerta del patio que comunicaba con la corraliza, y